

Celebración de la Liturgia de las horas monástica con «Liturgias del silencio» *

Con la finalidad de profundizar más y más la Liturgia de la Iglesia en sus variadas y ricas expresiones celebrativas, queremos aportar algunas reflexiones que puedan ayudar a la renovación litúrgica que, como sabemos, es una tarea inacabada promovida por el Concilio Vaticano II y en la cual nos podemos empeñar con amor y sentido eclesial.

El camino formativo, o mejor dicho mistagógico, no se debe dejar vencer por el temor de salir al encuentro de obstáculos, como puede ser el temor al silencio o la huida del mismo. La Liturgia nos puede ayudar a decir una palabra sobre el silencio. El tema del silencio litúrgico, como el de la palabra, del canto, del gesto, del simbolismo, fue considerado en el ámbito de la reforma litúrgica en relación directa con el tema de la participación de los fieles en las celebraciones.

Nuestro estudio tomará en consideración la naturaleza del silencio litúrgico en la Liturgia de las Horas, tal como aparece en un documento que merece toda su atención: el *Directorio para la celebración del Opus Dei* benedictino.

Cabe recordar que en el marco de la renovación litúrgica promovida por el Concilio Vaticano II nos encontramos no sólo con la renovación de la Liturgia de las Horas romana¹, sino también con aquella típicamente monástico-benedictina.

* R.M. Leikam, monje benedictino de la Abadía del Niño Dios (Argentina), es profesor de Liturgia de las Horas y Pastoral litúrgica en la Facultad de Sagrada Liturgia del Pontificio Ateneo San Anselmo, Roma.

¹ *Officium Divinum ex decreto Sacrosancti Oecumenici Concilii Vaticani II Instauratum auctoritate Pauli PP. VI promulgatum. Liturgia Horarum iuxta Ritus Romanorum. Editio Typica. Typis Polyglottis Vaticanis MCMLXXI; Editio Typica altera, Typis Polyglottis Vaticanis MCMLXXXV - MCMLXXXLII.*

El documento que da testimonio de esta última es el *Thesaurus Liturgiæ Horarum Monasticæ* y su *Directorium de Opere Dei persolvendo* de 1977².

Muchos y variados son los aspectos teológico-litúrgicos del *Directorio para la celebración del Opus Dei*. En el presente ensayo quiero poner de relieve la referencia al silencio en la celebración de la Liturgia de las Horas, el cual no sólo es permitido, sino explícitamente recomendado. Como veremos, el *Directorio*, al hablar de «*Liturgias del silencio*», eleva el silencio al rango de «*Liturgia*».

1. El silencio litúrgico en el marco de la renovación conciliar

Los nuevos libros litúrgicos tratan de responder a las normas conciliares, en lo que respecta al silencio, según lo establecido en SC 30:

Para promover la participación activase fomentarán las aclamaciones del pueblo, las respuestas, la salmodia, las antífonas, los cantos, y también las acciones o gestos y posturas corporales. Guárdese, además, a su debido tiempo, el silencio sagrado.

² *Thesaurus Liturgiæ Horarum Monasticæ*, Edidit Secretariatus Abbatis Primatis O.S.B., Badia Primaziale Sant'Anselmo, Roma 1977; Not 13 (1977) 157-191. La renovación de la Liturgia de las Horas Monástica en su historia y principios, como el valor y contenido teológico-litúrgico del *Directorium* del *Thesaurus*, fue objeto de mi estudio presentado como tesis de doctorado en el Pontificio Instituto Litúrgico de San Anselmo, Roma: *La Liturgia de las Horas Monástica en el Directorio del «Thesaurus Liturgiæ Horarum Monasticæ». Historia y teología*. Dissertatio ad Doctoratum in Sacra Liturgia assequendum in Pontificio Instituto Liturgico, Roma, 1989; ID, El «*Thesaurus Liturgiæ Horarum monasticæ*» de 1977 y la renovación del *Opus Dei benedictino*, en *Cuad Mon* 86 (1988) 299-330; H. ASWORTH, *The renewal of the Benedictine Office*, en: *Not* 13 (1977) pp. 192-196; R. GANTOY, *Les chantiers de la prière. A propos d'un récent Directoire pour l'Office*, en: *ComLit* 60/1 (1978) pp. 45-55; T. SCHNITKER, *Der Thesaurus liturgiæ Horarum Monasticæ und seine Bedeutung für die Liturgiewissenschaft*, en: *LJ* 28 (1978) pp. 45-56; P. VISENTIN, *Un Direttore-modello della Liturgia delle Ore*, en: *AA.VV., Mysterion. Nella Celebrazione del Misterio di Cristo la vita della Chiesa*. Miscellanea in occasione dei 70 anni dell'Abate Salvatore Marsili (=Quaderni di Rivista Liturgica/nuova serie 5), Elle Di Ci, Leumann, Torino, 1981, pp. 525-539; O. LANG, *Welche Anregungen bieten die «Allgemeine Einführung» und die «Rechtlinien für das Monastische Stundengebet» für unser Chorgebet?*, en: *EuA* 57 (1981) pp. 405-415; 58 (1982) pp. 22-32.

El texto conciliar subraya la importancia del silencio en relación a las modalidades concretas de la participación activa de los fieles³. En la misma línea se sitúa la prescripción de la Instrucción *Musicam Sacram* de la Sagrada Congregación de Ritos de 1967:

Se observará también, en su momento, un silencio sagrado. Por medio de este silencio los fieles no se ven reducidos a asistir a la acción litúrgica como espectadores mudos y extraños, sino que son asociados más íntimamente al misterio que se celebra gracias a aquella disposición interior que nace de la palabra de Dios escuchada, de los cantos y de las oraciones que se pronuncian y de la unión espiritual con el celebrante en las partes que dice él mismo (n. 17).

En este texto se subraya la funcionalidad del silencio sagrado en orden a la participación, como vehículo de la inserción íntima en el misterio que se celebra, y como movilización de las energías interiores. Tenemos aquí la función y la motivación de fondo del silencio en la liturgia.

Se puede constatar un redescubrimiento y una revalorización del silencio en la liturgia; es en este contexto donde se inscribe nuestro *Directorio* cuando se refiere al silencio.

No queremos hacer aquí un elenco de los textos normativos post-conciliares sobre el silencio, ya suficientemente presentados⁴. Tampoco podemos detenernos en el significado del silencio litúrgico en cuanto elemento estructural y sus motivaciones, ni explayarnos en la tipología del mismo, muy bien delineada por D. Sartore en los siguientes términos: *Silencio de recogimiento*: para la oración per-

³ En el esquema original de la *Constitución sobre la Sagrada Liturgia* no se hacía referencia al silencio, como se puede ver en *Schema Constitutinis de Sacra Liturgia* n. 27 (*Actuosa participatio*) en: *Acta Synodalia Sacrosancti Oecumenici Concilii Vaticani II*, vol. I, pars I, Typis Polyglottis Vaticanis 1970, p. 273. La referencia al silencio fue introducida por la Comisión en respuesta al deseo expresado en el aula conciliar por Mons. Paul Philippe: («...Ad n. 27 haec addenda propono: "Attamen in actione liturgica sacrum silentium interdum quoque observetur"»); cfr. *Acta Synodalia*, vol. cit., p. 645.

⁴ Cfr. el documentado trabajo de D. SARTORE, *Silencio*, en: D. SARTORE - A.M. TRIACA (edd.), *Nuevo Diccionario de Liturgia*, Ediciones Paulinas, Madrid 1987, pp. 1921-1930; el A. tiene el gran mérito de valorizar todas las secuencias rituales que lo expresan, subrayando su sentido y sus funciones; otro mérito está en la buena bibliografía sobre el argumento; cfr. también C. MAGNOLI, *La norma del silenzio nella «nuova» liturgia. Per una tipologia del silenzio liturgico*, en: RL 76 (1989) pp. 381-396.

soñal; *silencio de apropiación*: especialmente durante la oración presidencial; *silencio de meditación*: después de la Palabra o después de la homilfa; *silencio de adoración*: en la comunión o en el culto eucarístico⁵.

La Iglesia, que en el Vaticano II ha redescubierto la importancia de la Sagrada Escritura en la celebración litúrgica⁶ y ha reafirmado su fe en Jesucristo presente en su palabra⁷, también ha prestado particular atención al silencio como momento de la acción litúrgica, retomando los valores de una venerable tradición⁸ inspirada en la Sagrada Escritura⁹, y en el ámbito de una situación socio-religiosa donde el silencio es requerido como una exigencia vital¹⁰.

Según la mentalidad conciliar, y la de los nuevos libros litúrgicos, el silencio sagrado no puede ser considerado como un elemento insustituible, de carácter mágico, necesario y significativo en sí mismo, sino como *silencio de participación*: condición espiritual en orden a la inserción en el misterio que se celebra, para la escucha de la palabra de Dios y la respuesta de la asamblea; momento privilegiado del Espíritu, que hace crecer la comunidad como templo santo; *silencio expresivo*: que recuerda la acción salvífica de Dios y su Palabra, signo de fe y de reverencia profunda de la comunidad; *silencio pedagógico*: como decía Dionisio el Areopagita, un «silencio iniciador del arcano»¹¹, capaz de crear el clima y las

⁵ D. SARTORE, *Silencio*, *op. cit.*, p. 1927ss.

⁶ Cfr. SC 24.

⁷ Cfr. SC 7.

⁸ Cfr. G. MENSCHING, *Das heilige Schweigen. Eine religionsgeschichtliche Untersuchung* (=Religionsgeschichtliche Versuche und Vorarbeiten Bd. XX, 2 Heft), Giessen 1926; I. CECCHETTI, *Tibi silentium laus*, en: AA.VV., *Miscellanea liturgica in honorem L. Cuniberti Mohlberg II*, Roma 1949, pp. 521-570; L. BOUYER, *Le sens de la vie monastique*, Tournhout 1950, pp. 215-220; A. KEMMER, *Schweigen*, en: *Lexikon für Theologie und Kirche IX*, Freiburg im Breisg. 1964, col. 540-541; G. TURBESSI, *Deserto*, en: *Dizionario enciclopedico di spiritualità I*, Roma 1975, col. 534-540; P. TAMBURRINO, *Esperienze liturgiche del silenzio*, en: RL 76 (1989) pp. 352-369.

⁹ Cfr. A. RIDOUARD, *Silenzio*, en: X. LÉON-DUFOUR, *Dizionario di teologia biblica*, Torino⁴ 1971, col. 1206-1207; C. WAU, *Silenzio*, en: *Enciclopedia della Bibbia*, VI, Torino-Leunann 1971, col. 460s.

¹⁰ Cfr. *Les voies du silence*: Notes de pastorale liturgique 116 (1975) pp. 13-16; R. DUVAL, *Les herméneutiques du silence*: La vie spirituelle 621 (1977) pp. 516-520; S. DE FIORES, *Deserto*, en: *Nuovo dizionario di spiritualità*, Roma 1977, col. 377-392; H. BALDINI, *Il silenzio nei Padri del deserto*, La Locusta, Vicenza 1987; R. CANTALAMESSA, «*Silenzio alla presenza del Signore Dio!*», en: *(Vita consacrata)* 24 (1988) pp. 773-784.

¹¹ *De Mystica theologia* I, 1: PG 3, 997.

actitudes espirituales necesarias para la experiencia litúrgica, ofreciendo al mismo tiempo a cada uno de los participantes en la acción comunitaria un espacio vital para la inserción, la apropiación y la interiorización¹².

Cuando SC 30 habla de silencio *sagrado* se refiere al concepto de un silencio *litúrgico*, dado que «sagrado» suele ser sinónimo de «litúrgico»¹³. Se entiende «litúrgico» no en el sentido de hacer lugar al silencio durante el tiempo de la celebración ritual, sino en la acepción de un silencio ritual que es en sí mismo celebración e intervención de la asamblea como expresión estructuralmente ritual.

II. El silencio en la Liturgia de las horas monásticas

1. Datos de una tradición

Si quisiéramos partir de una historia del silencio sacro, tendríamos que conformarnos con la constatación de que aún no ha sido escrita una «historia del silencio»¹⁴, y quizás ésta nunca se escriba. El silencio cultural aparece en las religiones de la cuenca mediterránea y, en cierto sentido, constituye la prehistoria del silencio litúrgico cristiano según Odo Casel, quien recogió los testimonios relativos al mundo religioso y filosófico de la antigua Grecia, indicándolos como expresiones del «silencio místico»¹⁵.

En el antiguo círculo de ascetas y vírgenes la oración comunitaria o privada de los salmos, antes de la organización de una Liturgia de las Horas verdadera y propiamente dicha, era acompañada de una genuflexión o de una postración, de un momento de silencio y, posteriormente, de una improvisada oración colecta.

¹² Cfr. J PASCHER, *Die Beziehung zwischen der Hl. Liturgie und der persönlichen Frömmigkeit des einzelnen Gläubigen*: Sem 20/4 (1963) pp. 615-636.

¹³ Cfr. SC 60. 107. 112-121. 122-129

¹⁴ Tenemos sólo conocimiento de una investigación desde la ciencia de la historia de las religiones de G. MENSCHING, *Das heilige Schweigen*, ... cit.

¹⁵ Este trabajo constituyó la tesis doctorado en filosofía de O. Casel, presentada en la Universidad de Bonn en 1918 y publicada bajo el título *De Philosophorum graecorum silentio mystico*, Giessen 1919; una síntesis de su tesis, con profundización del tema, fue publicada por el A. en el artículo *Vom heiligen Schweigen*, en: *Benediktinische Monatsschrift* 3 (1921) pp. 417-425; este trabajo se encuentra con el título *Das Mystische Schweigen* en: O. CASEL, *Die Liturgie als Mysterienfeier*, Freiburg 1922 (=Ecclesia Orans 9), 133-160.

Este modelo o esquema, en sus variadas formas, lo encontramos en Casiano¹⁶. Cesáreo de Arles en sus sermones quiere inculcar a sus fieles que la acción de salmodiar no agota la obligación de orar. La salmodia invita a una oración silenciosa y más personal hecha de rodillas después de la proclamación del salmo¹⁷. Las reglas monásticas occidentales reflejan la fase anterior, dado que se limitan a indicar la pausa de oración en silencio después de la salmodia. Para San Benito la oración silenciosa en comunidad debe ser breve: *in conventu tamen omnino brevietur oratio*¹⁸. Otras reglas monásticas establecen un marco de tiempo para la oración silenciosa, como por ejemplo el tiempo que se necesita para decir silenciosamente tres veces el versículo *Dios mío, ven en mi auxilio* (Sal 69,2), según lo prescribe la regla de San Columbano¹⁹. Vemos que la pausa de silencio que sigue a los salmos, quizás concebida como un vacío, es llenada con un texto. Tal vez el sentido originario de la prescripción del *Breviario Romano* era similar, vale decir, establecer un tiempo de silencio preparatorio antes de los Oficios, medido por la duración de oraciones hechas en secreto: «*Ante omnes Horas dicitur secreto: Pater noster; Ave Maria; in principio auctem Matutini ac Primae additur secreto Symbolum Apostolorum*»²⁰; y después de completas: *Post Completorium dicitur secreto Pater noster, Ave Maria et Credo*».

Se puede constatar, con estos pocos datos, que el silencio litúrgico fue des-

¹⁶ Cfr. *De institutis coenobiorum* II,2; II, 7; II, 10; II, 11; III, 4; III, 11 (ed. J.C. GUY, Sch 109, 1965).

¹⁷ Cfr. R. M. LEIKAM, «*Psallentes et orantes*». *La doctrina espiritual sobre la Oración de la Iglesia en los sermones de S. Cesáreo de Arlés*, en: *Ecclesia Orans* 11 (1994) pp. 153-180.

¹⁸ RB 20,5. Leemos también en la *Regula Magistri* 48, 10 (ed. A. DE VOGÜÉ: Sch 106, 1964, 220): *Nam ideo diximus brevem fieri orationem, ne per occasionem prolixae orationis obdormiat (monachus), aut forte diu iacentibus diabolus eis ante oculos diversa ingerat vel in corde aliud subministret*. Respecto a la pausa de silencio ver también *Regula Magistri* 33, 55 y 56; *Regula Monachorum*, de San Isidoro 6, ed. J. CAMPOS RUIZ-I. ROCA MELIA, *Santos Padres Españoles*, t. II, BAC 1971, pp. 100-101; *Regula Monachorum*, de San Fructuoso de Braga, II, ed. J. CAMPOS RUIZ-I. ROCA MELIA, *Santos Padres...*, ib., pp. 140-141.

¹⁹ *Regula coenobialis* 9, ed. G.S. WALKER, *Sancti Columbani opera* (=Scriptores latini Hiberniae, vol. 11), The Dublin Institute for Advanced Studies, Dublin 1957, p. 159.

²⁰ Como dato más antiguo de estas oraciones S. BAUER-R. BIRON, *Histoire du Bréviaire* II, Paris 1905, p. 201s, indican una edición del *Breviarium secundum consuetudinem romanae Curiae, Parisiis, apud Thielmann Kerver* de 1509, ejemplar conservado en la biblioteca de Darmstadt, W. 5454, fol. 1. La praxis es mucho más antigua. Ya Durando (+1296), hace referencia en su *Rationale divinatorum officiorum* 5,2,6.

plazado y reemplazado poco a poco. De un lugar central pasó a ocupar un puesto en la periferia del Oficio Divino, como momento de espera antes del comienzo del mismo o de reposo a su término. La misma función, y como silencio de preparación, tendrá la práctica monástica de la *statio* en el claustro antes de ingresar al oratorio para la oración comunitaria.

Veremos que la reforma conciliar llevará la práctica del silencio, en la Liturgia de las Horas, a su puesto y sentido originarios, como elemento celebrativo integrado. La *Ordenación general de la Liturgia de las Horas* (=OGLH) de la actual *Liturgia de las Horas* romana de Pablo VI, da lugar al silencio en la celebración de la Liturgia de las Horas, estableciendo los principios y los momentos del mismo, como también su motivación y significado según la nueva sensibilidad para el silencio, a la que nos ha educado la renovación conciliar²¹.

El valor y el lugar del silencio en la celebración de la Liturgia de las Horas romana ocupa un puesto considerable. Respecto a los otros libros litúrgicos, la originalidad está en que el silencio litúrgico está orientado hacia el Espíritu Santo. Esto hace que su naturaleza y valor se distinga de la naturaleza del silencio de meditación personal, o de mediación o de cualquier otro tipo de silencio que sea.

Haciéndose eco de la *Ordenación general de la Liturgia de las Horas* romana, nuestro *Directorio para la celebración del Opus Dei* presenta algunas peculiaridades.

²¹ Traemos a colación algunos de los números de la *Ordenación general de la Liturgia de las Horas* que hacen referencia al silencio: Como se ha de procurar de un modo general que en las acciones litúrgicas «se guarde asimismo, a su debido tiempo, un silencio sagrado» (SC 30), también se ha de dar cabida al silencio en la Liturgia de las Horas (n. 201).

Por lo tanto, oportunidad y la prudencia, para lograr la plena resonancia de la voz del Espíritu Santo en los corazones y para unir más estrechamente la oración personal con la palabra de Dios y la voz pública de la Iglesia, es lícito dejar un espacio de silencio después de cada salmo, una vez repetida su antífona, según la costumbre tradicional, sobre todo si después del silencio se anade la oración sálmica (cfr. n. 112), o después de las lecturas, tanto breves como largas, indiferentemente antes o después del responso. Se ha de evitar, sin embargo, que el silencio introducido sea tal que deforme la estructura del Oficio o resulte molesto o fatigoso para los participantes (n. 202).

Cuando la recitación haya de ser hecha por uno solo, se concede una mayor libertad para hacer una pausa en la meditación de alguna fórmula que suscite sentimientos espirituales, sin que por eso el Oficio pierda su carácter público (n. 203).

Igualmente, si se juzga oportuno, puede dejarse también un espacio de silencio a continuación de la lectura o de la homilia (n. 48).

2. *El silencio sagrado*

En los libros litúrgicos romanos emanados de la renovación conciliar no podemos rastrear expresión explícita alguna sobre el silencio ritual en cuanto «*liturgia*». El concepto «*liturgias del silencio*» aparece en el párrafo explicativo del n. 5, *El silencio sagrado*, del *Directorio*. Veamos el texto íntegro de este número:

Para que el diálogo con Dios resulte más eficaz, se recomienda que «asimismo se observe, a su debido tiempo, un silencio sagrado» (OGLH 201); cfr. SC 30). El silencio de la comunidad orante se introduce «para lograr la plena resonancia de la voz del Espíritu Santo en los corazones y para trabar más estrechamente la oración personal con la palabra de Dios y la voz pública de la Iglesia» (OGLH 202). En estos momentos de silencio, el Espíritu santo - sin el cual no puede darse ninguna oración cristiana (OGLH 8)- «intercede por nosotros con gemidos inefables» e inspira una oración «según Dios» (Rm 8,26-27).

Por su naturaleza, la vida monástica exige silencio; en los monasterios debe reinar el silencio externo, y los monjes se esfuerzan por cultivar el silencio interior; razones por las cuales podría parecer menos necesario introducir el silencio sagrado en el Oficio divino. Sin embargo, muchos monasterios han comprobado esos beneficios que resultan de intercalar *liturgias del silencio*²² en la Liturgia de la Palabra u Oficio Divino, ya sea después de cada salmo -según una antiquísima costumbre monástica-, ya sea a continuación de las lecturas, antes o después del responsorio (OGLH 202; cfr. RB 20,4-5). Estas pausas de silencio ayudan a asimilar, a saborear y a que penetre más profundamente la palabra escuchada, y que la palabra de respuesta germine en el alma con mayor vivacidad (cfr. Is 55, 10-11). «No obstante, debe cuidarse de no introducir un silencio tal que deforme la estructura del Oficio, o que cause molestias o tedio a los participantes» (OGLH 202). También en esto modérese todo de manera «que los fuertes deseen más y los débiles no rehúyan» (RB 64,19).

a) La primera parte de este n. 5 comienza diciendo «*Para que el diálogo con Dios resulte más eficaz...*». Se refiere al número precedente, que lleva como título *Diálogo con Dios*. En el enunciado de este n. 4 se dice:

²²La cursiva es nuestra.

La estructura esencial de la Liturgia de las Horas es un «diálogo entre Dios y el hombre» (OGLH 33) y, puesto que somos miembros de Cristo y nos atrevemos a llamar a Dios con el nombre de Padre, es un «diálogo entre el hijo y el Padre», según la antigua definición monástica de oración.

El silencio es puesto en estrecha relación con la dimensión dialogal o responsorial de la oración, o sea, con la estructura esencial de la Liturgia de las Horas: diálogo filial en el Hijo al Padre. Se trata, en la oración de la Iglesia, de un diálogo litúrgico en el más alto grado. Este diálogo constituye un evento salvífico, como leemos en el n. 10 del mismo *Directorio*:

En Cristo, único sacramento, en el que se opera la salvación de la humanidad, la oración fue siempre un «acontecimiento salvífico», puesto que *Cristo-hombre* total abrió a la humanidad toda el acceso al padre, para que la humanidad pueda entablar con El el diálogo filial. La comunidad, en cuanto Iglesia congregada en oración «en nombre de Cristo», goza de la presencia de su Señor (*Mt* 18, 20); razón por la cual *Cristo-hombre* total está nuevamente presente en ella y, por consiguiente, su oración litúrgica será -por su misma naturaleza- un «acontecimiento salvífico» (OGLH 13).

Entonces, «para que el diálogo con Dios resulte más eficaz» (n.5), -diálogo que constituye un «acontecimiento salvífico» (n. 10)-, se recomienda el silencio sagrado. Esta es la primera funcionalidad del silencio litúrgico, como también la primera motivación teológica del mismo según nuestro documento: favorecer el diálogo litúrgico como acontecimiento salvífico.

b) La segunda función y motivación del silencio en este diálogo salvífico hace referencia a la presencia y al dinamismo del Espíritu Santo, sin el cual no existe oración cristiana alguna:

El silencio de la comunidad orante se introduce «para lograr la plena resonancia de la voz del Espíritu Santo en los corazones... En estos momentos de silencio, el Espíritu santo -sin el cual no puede darse ninguna oración cristiana (OGLH 8)- «intercede por nosotros con gemidos inefables» e inspira una oración «según Dios» (*Rm* 8, 26-27).

En esta parte del n. 5 el silencio aparece como una suspensión de todo gesto, palabra y rito, aparentemente un alto en la celebración. Pero se trata de una entrada en el corazón de la celebración y en el diálogo salvífico. El silencio hace refe-

rencia a la preseneia y a la acción del Espíritu Santo, que conduce a la contemplación. El silencio litúrgico viene a ser una llamada a la disponibilidad de la acción del Espíritu, que habla en el silencio e inspira nuestra oración, más aún, se convierte en nuestra voz para celebrar «en Espíritu Santo»²³. Se puede ver también que aquello que establece una tipología del silencio litúrgico en la Liturgia de las Horas, no son las diversas influencias del silencio sobre cada uno de los orantes, sino la naturaleza y la finalidad del mismo en cuanto totalmente relativo al Espíritu Santo. El silencio litúrgico es lenguaje de representación, expresión y comunicación de la acción del Espíritu en la teandricidad de la acción litúrgica²⁴.

c) La tercera motivación está en relación a la Palabra, a la oración personal y a la voz pública de la Iglesia:

para trabar más estrechamente la oración personal con la palabra de Dios y la voz pública de la Iglesia.

Hasta aquí, y en síntesis, nuestro documento se refiere a las motivaciones del silencio litúrgico: favorece la escucha de la Palabra y la respuesta de la meditación y la oración personal unida a la voz pública de la Iglesia. Este silencio está entonces ordenado a favorecer y fecundar el diálogo salvífico que se entabla en y mediante la Liturgia de las Horas. En este diálogo juega un rol importante el dinamismo del Espíritu, que encuentra su lugar de acción precisamente en el silencio.

El silencio litúrgico no constituye un vacío de palabras y gestos, sino un momento ritual cargado de fuerza y fecundidad que se resuelve en un coloquio filial y salvífico. El silencio es visto aquí en la óptica de la dimensión ritual cristiana y no en la óptica de la ascésis a observar para rezar mejor. El silencio ritual, en cuanto lenguaje, adquiere sentido y significado si nace del silencio y conduce

²³ S. MAGGIANI dice al respecto: «Se tutto l'agire simbolico messo in atto nel celebrare, direttamente o indirettamente, incide nell'essere profondo del soggetto, sintonizzandosi con il suo arcaico, il silenzio vissuto ritualmente quale componente simbolica favorisce l'essere profondo del soggetto ad aprirsi a chi sta accanto e soprattutto a Colui con il quale agisce; questi esige una dimensione spazio-temporale silente, perché non è che nel mormorio di un vento leggero (cf I Re 19,12; Gv 3,8) in geniti inesprimibili (cf Rm 8,26) che opera e porta all'efficacia l'agire di tutti), *Celebrare il Mistero di Cristo alla luce della riflessione pneumatologica*, en AA.VV, *Spirito Santo e Liturgia*. Atti della XII Settimana di Studio APL, Valdragone (San Martino): 22-26 agosto 1983 (=Studi di liturgia-Nuova serie/12), Marietti, Casale. Honf. 1984, p 71.

²⁴ Cfr C VALENZIANO, *L'anello della sposa. La celebrazione dell'Eucaristia*, Ed. Qiqajon, Magnano 1993, pp. 251-252.

al silencio. Así se abandona el funcionalismo eficientista tan característico de nuestro tiempo y de nuestra sociedad, que empaña y corroe muchas veces hasta nuestro comportamiento ritual en la Liturgia, impidiéndole ser un comportamiento marcado por la gratuidad.

III. El concepto «Liturgias del silencio»

1. El silencio litúrgico y sus contextos

En el cuerpo explicativo del n. 5 de nuestro *Directorio* las pausas de silencio, a intercalar en la celebración de la Liturgia de las Horas, son llamadas «*liturgias del silencio*». La expresión está enmarcada por un contexto mediato y un contexto inmediato.

a) El contexto mediato: está dado por la vida monástica, la cual por naturaleza exige silencio externo en el monasterio, y silencio interior cultivado por cada monje:

Por su naturaleza, la vida monástica exige silencio; en los monasterios debe reinar el silencio externo. y los monjes se esfuerzan por cultivar el silencio interior...

En este contexto de silencio externo e interno se desarrolla la ritualidad y el *servicio divino* de la vida monástica cotidiana. Aquí el silencio es visto desde la óptica de la ascésis monástica. Pero el silencio de este marco no agota la capacidad y la necesidad de silencio contemplativo. El monje lo cultivará porque el silencio es un arte, no sólo externa e internamente en su peculiar estilo de vida, sino también en la forma de celebrar el *Opus Dei*, la oración de la Iglesia.

La dimensión ascética del silencio monástico también es puesta de relieve en el momento de transición entre las actividades monásticas de la comunidad y la constitución de la misma en asamblea litúrgica con la celebración del Oficio divino. A ello se refiere el *Directorio* en el n. 18:

... El pasaje de una cierta dispersión (por los diversos trabajos y ocupaciones y, por ende, las distintas disposiciones interiores) a aquella unidad que se presupone para cumplir la celebración (y que en ella se produce), puede hacerse solamente si la mente abandona consciente y deliberadamente aquella multiplicidad, para disponerse a una unidad ante todo interior. Por lo tanto se

requiere un proceso rápido y enérgico de purificación (y quizá de pacificación) del espíritu, un esfuerzo por crear un silencio que sólo se quiebra luego con la «voz» en la que se reconoce y se encuentra a «Jesús solo» (Lc 9, 36).

Notamos que el hecho de silenciar y unificar toda la persona del monje, antes de celebrar la oración de la Iglesia, está ordenado a la oración litúrgica en donde aquel silencio será quebrado con la «voz» en la que se reconoce y encuentra a «Jesús solo». En este paso de una actividad a otra el silencio es funcional y prepara, al mismo tiempo, las liturgias del silencio de la oración comunitaria.

Tanto en Oriente como en Occidente, las prácticas monásticas relativas al silencio han tenido un gran influjo sobre la liturgia. Las *consuetudines* monásticas medievales describen en modo circunstanciado como el silencio sea necesario para favorecer el clima y la intensidad de la oración²⁵. La palabra sacrificada hace del silencio un sacrificio y un culto espiritual. En la tradición monástica, que ha cultivado siempre de manera particular el silencio, se fue abriendo camino la idea del silencio como expresión de verdadero culto, según *Isaías* 32, 17: «*Cultus iustitiae silentium*»²⁶.

b) *El contexto inmediato*: está dado por aquel momento de vida que es la oración litúrgica horaria. Las experiencias realizadas en los monasterios con el redescubrimiento del valor del silencio litúrgico, han permitido comprobar los beneficios que resultan de éste tipo de silencio²⁷. Las pausas o momentos de silencio, intercalados en la sucesión de los distintos elementos que componen la celebración de la Liturgia de las Horas, son llamados en el n. 5 del *Directorio «liturgias»*

²⁵ Cfr P. TAMBURRINO, *Esperienze liturgiche del silenzio*, en: RL (1989), p. 364ss.

²⁶ *Statuta Petri Venerabilis*, 19; ed. G. CONSTABLE, *Consuetudines benedictinae varie* (=Corpus Consuetudinum Monasticarum, VI), Siegburg 1975, p. 58.

²⁷ Según pudimos ver en la documentación que reúne las observaciones de los monasterios al n. 5 del primer texto del Directorio, la insistencia acerca de los espacios de silencio durante la celebración del Oficio dio pie a opiniones diversas y hasta contradictorias. Mientras que para algunos los espacios de silencio rompen la ordenación del Oficio y podrían alimentar una piedad subjetiva, la mayoría de las respuestas ven las pausas y silencios como uno de los elementos más positivos presentados por el Directorio. La misma Congregación para el Culto Divino, en carta del 20 de Junio de 1970, señala la importancia dada al silencio como «uno de los aspectos propios de la vida monástica, felizmente subrayado», cf. R.M. LEIKAM, *op. cit.*, p. 31.

del silencio. Estas liturgias del silencio están en función de la dimensión dialogal de la oración de la Iglesia. El diálogo, como estructura esencial de la oración, se resuelve en el dinamismo de la palabra escuchada y la palabra de respuesta. Estas «*liturgias del silencio*» constituyen así una *actio*. Por ella la palabra puede ser asimilada, saboreada e interiorizada por un lado, y la palabra de respuesta puede germinar en el alma con mayor vivacidad por otro.

En la celebración de la Liturgia de las Horas el silencio es antropológicamente inherente al actuar ritual, constitutivo de la organización de las secuencias rituales y concurrente en construir un campo simbólico propio de la acción litúrgica. En modo análogo, el silencio es inherente a la vida monástica desde la óptica ascética. Teológicamente, en la liturgia, el silencio es la dimensión expresiva que permite al sujeto celebrante abrirse a una experiencia de comunión con el Espíritu agente y sincronizar con su presencia²⁸. De ahí que el *silencio ritual* no es una técnica ascética puesta en acto para crear un clima y facilitar el recogimiento. El silencio de tipo ascético es una técnica precedente a la celebración litúrgica, en orden a una mayor calidad de participación en la misma.

En el número 7 del *Directorio* se dice que los miembros de una comunidad monástica participan en el Opus Dei con todo lo suyo, alma y cuerpo. Las actitudes y gestos corporales, la misma voz, deben ser signos de la entrega interior, por medio de los cuales la comunidad, movida por el Espíritu Santo, manifiesta la presencia de Cristo con una participación viva, activa y consciente. Entre estos signos, mediante los cuales la comunidad movida por el Espíritu Santo manifiesta la presencia de Cristo, también se hace referencia a la pausa de silencio. Esta es considerada como «la voluntad de penetrar más profundamente la Palabra escuchada» en el Espíritu, de manera que brote en el alma una fuente de oración que responda a la misma Palabra escuchada:

... la pausa de silencio es la voluntad de penetrar más profundamente la palabra escuchada en el Espíritu, de manera que brote en el alma una fuente de oración que responda a la misma palabra escuchada (n. 7).

Más allá de la funcionalidad a fin de lograr una interiorización del acontecimiento salvífico, tenemos que destacar la dimensión epifánica del silencio: para manifestar adecuadamente el mismo acontecimiento, la palabra de Dios y la ac-

²⁸ Cfr. S MAGGIANI, *Celebrare il Mistero di Cristo alla luce della riflessione pneumatologica*, en: AA.VV., *Spirito Santo e Liturgia, op. cit.*, p. 71; ID, *Il silenzio: per celebrare «in Spirito Santo»*, en: RL 76 (1989) p. 370.

ción sagrada. Aquí merece ser citado un gran autor, Romano Guardini, para quien toda forma de vida litúrgica nace del silencio; el silencio viene a ser una componente esencial de donde emerge el misterio que se celebra:

«Toda forma de vida litúrgica, rectamente entendida, fluye precisamente del silencio. Sin silencio todo pierde su color en la liturgia.

Aquí queda claro que no se trata de una cosa extraña o de vago estetismo. Si así se entendiese el silencio -como un lujo- todo sería puesto en ridículo. Para nosotros se trata de algo muy serio, de algo muy importante y -lamentablemente no se puede negar- también muy descuidado: del primer presupuesto de toda acción sagrada»²⁹.

2. «Liturgias del silencio»: anamnesis del «silencio del Verbo»

En la óptica bíblica el silencio es un misterio de amor, una presencia creadora, un espacio de revelación, un monitor de la venida del Señor. Así como el silencio constituye la forma más elocuente de la revelación, así el instrumento más elocuente de la adoración es el silencio³⁰. Al silencio infinito del Creador y del cosmos, responde el silencio limitado del hombre. No faltan afirmaciones sálmicas y proféticas que expresan el estupor del hombre ante la obra de Dios y de la creación en un marco de silencio. Así la lectura que hace el texto masorético del *Sal 65* (64), v. 2: «Para tí el silencio (dumij jah) es alabanza» (*Tibi silentium -o: silens-laus*)³¹. Hay un silencio que nace del temor de Dios («¿quién soy yo para rezarte?») y, en la misma dirección, está el silencio en el cual nace el diálogo de la oración en el tiempo: la Palabra de Dios conserva siempre, en su calidad de «promesa», un puesto ulterior respecto de la palabra del hombre; a la percepción de

²⁹ Traducidos de R. GUARDINI, *Il testamento di Gesù. Pensiero sullas. Messa, Vita e Pensiero*, Milano 1964, p. 171s.

³⁰ Cfr. A. NEHER, *L'esilio della parola. Dal silenzio biblico al silenzio di Auschwitz*. Marietti, Casale Monferrato 1983, p. 25.

³¹ Cfr. I. CECCHETTI, «*Tibi silentium laus*», en: *Miscellanea Liturgica in honorem L. Cuniberti Mohlberg* (=Bibliotheca «Ephemerides Liturgicæ», 23), T. II, Edizioni Liturgiche, Roma 1949, pp. 560-569; ver también E. DEKKERS, «*Tibi silentium laus*», *Orte der Stille im Stundengebet der Kirche*, en: M. KÖCKENER - H. REININGS (edd.), *Lebendiges Stundengebet. Vertiefung und Hilfe*, Freiburg-Basel-Wien, 1980, pp. 398-405.

este «más allá» el hombre puede «responder» sólo con el consentimiento de un silencio «doxológico» - *tibi silentium laus*³². Es en el silencio donde Dios se hace sentir (1 Re 19, 11-13); precediendo, interrumpiendo y prolongando la Palabra, el silencio inspira el diálogo entre Dios y los hombres, manifiesta el respeto debido al Señor que se revela. El silencio se vuelve exigencia cultural por la presencia del Señor: de la liturgia del Templo a la del cielo (*Ab* 2; *Sof* 1,7; *Ap* 8,1.3-4).

Cristo será el verdadero modelo de los cristianos en la búsqueda del Padre en el silencio (*Mt* 14,32; *Mc* 1, 35; *Lc* 9,18; *Jn* 6,15). Es él quien vino a manifestar el misterio de la salvación de Dios, «envuelto de silencio» en los siglos eternos (cfr. *Rm* 16,25). La encarnación del Verbo lleva a plenitud la revelación del silencio de Dios. Así, la liturgia de Navidad pone de manifiesto esta obra silenciosa del Verbo cuando, inspirándose en el libro de la *Sabiduría* 18, 14-15, nos hace cantar: *Un silencio sereno lo envolvía todo, y, al mediar la noche su carrera, tu Palabra todopoderosa, Señor, vino desde el trono real de los cielos*³³.

La Palabra de Dios resuena en el silencio para ser verdaderamente Palabra-Verbo. La palabra de Jesús resuena en un espacio de silencio para poder ser, en absoluto, palabra. Ella es ante todo el silencio del Padre «que se reveló mediante su Hijo Jesucristo, que es su Palabra que procede del silencio», como dice el primer hermeneuta de los silencios del Logos, San Ignacio de Antioquía³⁴. El mismo dirá que los misterios de Cristo (concepción, nacimiento virginal, muerte en cruz) son «tres misterios de la alta voz, que se realizaron en la calma silenciosa de Dios»³⁵. Y los Padres Capadocios defenderán la incomprensibilidad de Dios diciendo, como lo hace Gregorio Niseno: «mediante el silencio se honra la sublimidad de Dios, que se abre sólo a la fe»³⁶. El silencio de adoración nace, para Dionisio el Areopagita, de lo inadecuado de todo nombre y de toda palabra que pueda referirse a la Trinidad³⁷. El mismo autor, hablando de los ángeles, en cuanto seres espiri-

³² Cfr. M.I. ANGELINI, *La Liturgia delle Ore tra «chronos» e «kairos» nella «figura» della esperienza monastica*, en: AA.VV., *Liturgia delle Ore. Tempo e rito*. Atti della XXII Settimana di Studio dell'Associazione Professori di Liturgia, Susa (TO), 29 agosto -3 settembre 1993 (=Bibliotheca «Ephemerides liturgiæ», «Subsidia», 75), C.L.V.-Edizioni liturgiche, Roma 1994, p. 173.

³³ Antífona del Magnificat, 26 de Diciembre.

³⁴ *Ad Magn.* 8,2; ed. P.TH. CAMELOT, *Ignace d'Antioche, Lettres*, SCh 10 (1945), p. 74, y la interpretación dada en nota 2, p. 74.

³⁵ *Eph.* 19 1; ed. CAMELOT p. 64.

³⁶ *Contra Eunomum II*, 105; ed. W. JAEGER, Berlin 1921, p. 240.

³⁷ Cfr. *Mystica Theologia*, 5; PG 3. 1048B; también en *De divinis nominibus*, 13; PG 3, 981A-B.

tuales y cercanos a Dios, afirma que ellos son «los proclamadores del divino silencio»³⁸ y reflejan «la bondad del silencio que mora en los abismos»³⁹. San Ambrosio de Milán, quien ha tratado ampliamente del silencio⁴⁰, llegará a decir: «El diablo busca el estrépito; Cristo, el silencio»⁴¹.

Una vez más podemos destacar que nuestro *Directorio*, al concebir el silencio ritual como *liturgia*, se hace eco de la tradición cristiana que no ha hecho del silencio litúrgico sólo una dimensión estética o un articulación necesaria de la palabra, como la sombra junto a la luz en la pintura, el vacío con la masa en la escultura y la pausa de los sonidos en la música. El silencio no es vacío o ausencia. Por esto el silencio ha sido considerado como «*pulcherrima caeremonia*»⁴², el lenguaje más digno de la alabanza y de la adoración, un modo auténtico de estar delante de Dios en el culto.

Hemos visto que toda una corriente del pensamiento cristiano considera el silencio en relación al Logos revelador del Padre. Se trata de un silencio elocuente que brota de la fuente divina del Padre y se expresa en el obrar, padecer, morir y resucitar del Hijo; silencio que es obediencia de fe al misterio escondido en Dios y revelado en la economía de la salvación. El silencio cristiano es la conciencia del misterio trascendente de Dios, revelado en Cristo. Es de ahí, una actitud adorante frente al Dios inefable. Esta actitud de silencio adorante encuentra su dimensión cultural en la liturgia de alabanza. Lo expresa la anáfora de Severo de Antioquía al decir que todo debe honrar a Dios con profundos silencios: «*cum silentiis profundis te honoret*»⁴³.

Las liturgias del silencio son espacios místéricos y anamnéticos que se hacen un lugar en la celebración, en la comunidad celebrante y en el corazón de cada orante.

En cuanto liturgia, este silencio es una *actio neumatológica*, de fuerte carga epiclética. Es también *actio sagrada* de cada orante y de la asamblea litúrgica. Esta *actio divina* y humana es liturgia en su dimensión memorial y en su doble

³⁸ *De divinis nominibus*, 4,2: PG 3. 753.

³⁹ *De divinis nominibus*, 4,22: PG 3. 793.

⁴⁰ *De officiis* I, 1-10 (=Sancti Ambrosii Episcopi Mediolanensis Opera 13), Roma-Milano 1977, pp. 22-43

⁴¹ *In Ps 45, 11*: PL 14,1138.

⁴² De las *Consuetudines medievales*, citado por L. LELOIR, *Deserto e comunione* (tr. italiana), Torino 1982, p. 119, y también por P. TAMBURRINO, *op. cit.*, p. 369.

⁴³ A. HÄNGGI-I. RAHL (Ed.), *Præx Eucharistica. Textus e variis liturgiis antiquioribus selecti* (=Spicilegium Friburgense 12), Fribourg, Suisse 1968, p. 281.

vertiente de glorificación de Dios y santificación del hombre, movimientos simultáneos que se dan por obra del Espíritu Santo en la particular alabanza memorial del misterio salvífico, que es la oración de la Iglesia. En la celebración de esta *memoria Dei*, nuestra alma -ella misma toda una alabanza- vibra de silencio hacia Dios y este mismo silencio es alabanza memorial hacia Él.

Es en estas *liturgias del silencio* donde acontece una epifanía del Espíritu de amor, quien realiza la unidad de la comunidad y la unificación del corazón de cada orante, para entrar en un diálogo que nace del silencio del Verbo y a Él conduce. La comunidad celebrante es construida como templo del Espíritu Santo, quien hace de ella una asamblea orante y litúrgica. Es aquí, y en el silencio litúrgico, donde bajo el magisterio del Espíritu del Señor se aprende a dar gloria a Dios ofreciendo el mismo silencio en *sacrificio y culto espiritual*. En este magisterio el Espíritu nos recuerda todo, y aprendemos que nuestras liturgias de silencio tienen una fuerte carga memorial. El silencio litúrgico es anámnesis del silencio del Verbo, de tantos silencios que acompañaron la vida y la oración de Jesús, el Verbo encarnado. Quizás sea ésta una dimensión del misterio de Cristo poco considerada en la liturgia, que es toda ella celebración memorial del Misterio y de los misterios de Cristo. En los números 9, 10 y 11 de nuestro *Directorio* la oración de la Iglesia, el *Opus Dei*, es presentada como actuación del misterio de nuestra salvación, como un acontecimiento salvífico en el marco de un diálogo de los hijos con su Padre, como un memorial del misterio de Cristo a nivel *sacramental*. Los diversos misterios, aspectos del único misterio salvador que es la pascua de Cristo, son los que se hacen presentes en la oración memorial de la Iglesia, porque precisamente por ser oración memorial es también un *sacramentum*, como lo llama Cipriano⁴⁴.

En esta línea memorial el silencio se convierte una acción litúrgica singularmente apta para recordar a toda la Iglesia, a nivel sacramental -hacer memoria, anámnesis-, la presencia silenciosamente eficaz del Espíritu Santo santificador, artífice con el Padre y el Hijo de toda celebración litúrgica.

⁴⁴ «Sed nobis, fratres dilectissimi, praeter horas antiquitas observatas, orandi nunc et *sacramenta* creverunt. Nam et mane orandum est, ut resurrectio Domini natutina oratione *celebretur*»: *De Dominica oratione* 35, CCL IIIA, 112. El término *sacramentum* no debe ser interpretado en el sentido técnico dado en la Escolástica para designar a los siete sacramentos, sino que hemos de interpretarlo en el sentido usado por los Padres, y en el sentido usado en los textos litúrgicos, vale decir, en el sentido de *misterio*, algo oculto que se manifiesta a través del signo. El verbo *celebrare*, usado para designar la celebración litúrgica significa que lo que la Iglesia celebra es una realidad que se hace presente, que actúa, en la misma celebración, la cual es al mismo tiempo signo sacramental de la realidad operante en ella.

La presencia y acción eficaz del Espíritu Santo en las liturgias del silencio, nos permite reconocer y afirmar la dimensión «epiclélica» del silencio litúrgico en la celebración memorial del misterio de Cristo en la Liturgia de las Horas⁴⁵.

Sumergiéndose en las breves liturgias de silencio, cada asamblea, y cada bautizado en ella, experimenta la acción fuerte y persuasiva del Espíritu, que abre la mente a la comprensión, invita a un asentimiento del corazón y sugiere las palabras de la oración. Por la fuerza epiclélica de las liturgias de silencio somos hechos verdaderos orantes por la acción del Espíritu Santo, capacitados para actualizar el *diálogo salvífico* de Cristo y entrar en ese diálogo. La oración de la asamblea litúrgica es así -por su misma naturaleza- un acontecimiento *salvífico*⁴⁶. Aprendemos al mismo tiempo a reconocer que todo en la liturgia es un don que viene de lo alto, un *servicio* de Dios al hombre por Cristo en el Espíritu Santo y en la Iglesia. También aprendemos en la escuela de oración y del servicio divino, que es la Liturgia, y de manera particular la Liturgia de las Horas, que todo en la Liturgia es un *servicio* y un culto espiritual al Padre por Cristo en el Espíritu Santo y en la Iglesia.

Conclusión

Si la renovación litúrgica ha dado un lugar y una considerable importancia al silencio en la Liturgia, lo ha hecho en vistas a la calidad de la participación de los fieles en las celebraciones litúrgicas. Más allá de la consideración muchas veces funcional del silencio litúrgico, o como algo agregado a un rito, prevalece la concepción del mismo como acción *ritual*. Concebir el silencio litúrgico como *celebración*, en el sentido litúrgico del término, permite colocarlo no en la periferia de

⁴⁵ La práctica ritual de liturgias de silencio «epiclélica» aparece clara y profundamente unida a los gestos epiclélicos de la imposición silenciosa de las manos del obispo sobre los candidatos al episcopado, al presbiterado y al diaconado (DOEPD 81, 130, 206 respectivamente), o en la imposición silenciosa de las manos del presbítero sobre los enfermos en la celebración del sacramento de la Unción de los enfermos (OUI 76). A propósito del silencioso gesto consecratorio de la imposición de las manos, que en la ordenación episcopal y presbital es prolongado y repetido respectivamente por los obispos concelebrantes y por los sacerdotes presentes, ya Hipólito de Roma decía: «*Omnes autem habeant, orantes in corde propter discessionem Spiritus*», cfr. B. BOTTE (ed.), *La Tradition apostolique de Saint Hippolyte* (=LQF 39), Münster Westf. 1963, p. 6.

⁴⁶ Cfr. *Directorio*, n. 10.

otros gestos o ritos sino en el corazón mismo de la acción litúrgica. El silencio entra así en la categoría de celebración y de liturgia; más aún, toda forma de vida litúrgica tiene su origen en el silencio, cuando el silencio es alabanza, adoración y doxología. Podemos resumir haciendo referencia a un conocido texto de Mons. A. Bugnini: «*Tibi silentium laus!* No queremos espectadores inertes y mudos, sino participantes activos, conscientes, orantes, que saben embriagarse y vivir el misterio con la plegaria, con el canto, con la acción, con el silencio de espera ansiosa y de adoración. Un silencio que no es índice de mutismo espiritual, sino un momento de gracia vivificante en el que calla la creatura, pero habla el Espíritu»⁴⁷.

La Liturgia es una constante epifanía del Espíritu. El silencio no puede permanecer al margen de esta realidad, que es el alma de toda celebración litúrgica. Por eso el silencio en la Liturgia de las Horas es visto en relación a la presencia y a la acción del Espíritu Santo, constituyendo el silencio litúrgico un *lugar pneumatológico*. Éste permite a la asamblea litúrgica, y a cada orante, la posibilidad de entrar en el diálogo salvífico. La fuerza *epicléctica* de este silencio nos transforma en celebrantes capaces de dialogar con el Padre por Cristo en el Espíritu Santo, con la Iglesia y en la Iglesia.

Por la dimensión memorial de la Liturgia de las Horas, con las *liturgias del silencio* incluidas, la oración de la Iglesia actualiza el diálogo salvífico del misterio de Cristo para ser, esta oración, un acontecimiento salvífico construido sobre la dinámica de la Palabra, de la escucha, del silencio y de la respuesta. Esta respuesta nace fecundada por la acción del Espíritu, y con las palabras que el Espíritu sugiere, en las liturgias de silencio. Como toda la Liturgia, y la Oración de las Horas incluida, estas liturgias de silencio tienen un carácter sacramental y anamnético; en ellas se realiza la glorificación de Dios y la santificación del hombre.

Creemos, por último, que el *Directorio para la celebración del Opus Dei*, de la Liturgia de las Horas monástica, armoniza la concepción del silencio en relación al Espíritu Santo como ya lo hiciera la *Ordenación general de la Liturgia de las Horas*. La novedad introducida por el *Directorio* está en denominar liturgia al silencio sagrado. Es necesario destacar que las liturgias del silencio, según el *Directorio*, quieren armonizar también con la vida de silencio que caracteriza el carisma monástico de vida. De esta manera se establece una relación fecunda entre liturgia y vida, entre vida y liturgia en la «*Escuela del servicio divino*», como San Benito concibe la vida monástica⁴⁸.

⁴⁷ Traducimos de A BUGNINI, *Tibi silentium laus*, en *Not* 110, 11 (1975) p. 282.

⁴⁸ RB, *Prol.* 45.

Si bien se puede constatar que en el mundo actual existe una difundida concepción negativa del silencio, también es cierto que en muchos ambientes y en la orientación contemplativa de la espiritualidad contemporánea, se percibe una fuerte exigencia de recogimiento, de silencio, de desierto, como condición de libertad, de escucha, de disponibilidad, para abrirse al espíritu y recorrer nuevamente el camino de la oración de Cristo⁴⁹. En el corazón de la Liturgia, el silencio es pulsación del amor, latido del corazón de la Iglesia que espera el retorno de su Señor. Es también como el vientre maternal de la Iglesia, donde la Palabra toma cuerpo, silenciosa y secretamente. El silencio litúrgico constituye un *lugar cultural* dedicado al Divino Silencio, para quien hasta se llegó a pensar o soñar en la dedicación de un templo⁵⁰.

El *Directorio* insiste repetidas veces en la dimensión eclesial de la Liturgia de las Horas. La comunidad monástica, reunida en asamblea litúrgica, constituye una *Ecclesia orans* (Iglesia orante) en acto⁵¹. Y si podemos decir que los monasterios son como templos dedicados al *Divino Silencio* por su forma de vida y de oración, a esta *Ecclesia orans* se le recuerda que no puede constituir un grupo cerrado. Se le pide que su celebración sea abierta y accesible a todos los que desean participar y aprender a adorar a Dios Padre en espíritu y en verdad, ante todo en la acción litúrgica⁵². Si esta acción litúrgica ofrece *liturgias de silencio* verdaderas y propias, daremos al hombre de hoy la oportunidad de expresarse culturalmente, de aprender a glorificar a Dios y experimentar su salvación en la escuela de oración y de silencio que es la Liturgia. La Liturgia puede y debe decirnos algo sobre el silencio desde el silencio litúrgico mismo. Pero se puede constatar que en nuestras celebraciones, debemos decirlo, no siempre se da lugar a las *liturgias del silencio*. Muchas veces nuestras celebraciones cansan a las comunidades y a nuestras asambleas por la saturación de palabras, textos, cantos, ritos y gestos. Si el hombre moderno no puede encontrar silencio en nuestras iglesias y

⁴⁹ Cfr. D. SARTORE, *Problematica attuale della preghiera e Liturgia delle Ore*, en: AA.VV., *Esperienza cristiana della preghiera*, Milano 1978, pp 11-24.

⁵⁰ Como dice un autor: «J'ai revé d'élever une église au Silence, comme Sainte-Sophie est dédiée à la Sagesse: *Hagia Sige*, la basilique du Silence, qui ne sera sans doute jamais qu'un rêve»: M ZUNDEL, *Notre-Dame de la Sagesse*, Paris, Cerf (Foi vivante 192), 179, p. 58.

⁵¹ *Directorio*. nn. 2 y 14.

⁵² Cfr. *Directorio*, n. 22.

en nuestras celebraciones litúrgicas para celebrar en Espíritu Santo, ¿adonde deberá ir para encontrarlo?

Pontificio Ateneo Sant'Anselmo
Piazza Cavalieri di Malta, 5
00153 Roma
Italia